



Reis. Revista Española de Investigaciones
Sociológicas

ISSN: 0210-5233

consejo.editorial@cis.es

Centro de Investigaciones Sociológicas
España

Picó, Josep; Pecourt, Juan
El estudio de los intelectuales: una reflexión
Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas, núm. 123, 2008, pp. 35-58
Centro de Investigaciones Sociológicas
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99712081002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El estudio de los intelectuales: una reflexión

The study of intellectuals: an overview

Josep Picó

Universidad de Valencia

josep.pico@uv.es

Juan Pecourt

Universidad Católica de Valencia

juan.pecourt@ucv.es

Palabras clave: Intelectuales, Ideologías, Influencia Social, Julien Benda, Antonio Gramsci, Liberalismo, Fascismo.

Keywords: Intellectuals, Ideology, Social Influence, Julien Benda, Antonio Gramsci, Liberalism, Fascism.

RESUMEN

El estudio de los intelectuales se ha formalizado como una disciplina autónoma, como un objeto de análisis diferenciado, que se encuentra en el cruce de caminos entre diversos campos académicos que van desde la historia hasta la sociología y la ciencia política. En este artículo hacemos un breve recorrido por las principales aportaciones teóricas y metodológicas que se han realizado sobre el tema, contextualizadas en el momento histórico en el que surgieron. Observaremos la aparición del intelectual dentro de la lógica del desarrollo de la modernidad, y cómo surgen las primeras aproximaciones teóricas que intentan comprender su configuración. Este fenómeno ha cruzado todo el siglo xx y ha llegado hasta los comienzos del nuevo milenio, donde, una vez más, se han desatado apasionados debates académicos so-

ABSTRACT

The study of intellectuals has been transformed into an autonomous discipline, characterised by a differentiated analytical object and placed between different academic fields such as history, sociology and political science. In this article, we shall take a brief look at the main theoretical and methodological currents on this theme, and shall place them within the historical context in which they appeared. We shall see the appearance of intellectuals as a result of the way modernity has developed, and how the first theoretical approaches that attempt to understand its configuration start emerging. This phenomenon has spanned the entire 20th century and crossed into the beginning of the new millennium where, again, passionate academic debates on its continuity or disappearance have

bre su continuidad o desaparición. La muerte del intelectual como actor social es debatible, pero la vigencia de los estudios sobre los intelectuales es hoy en día indudable.

been unleashed. The death of the intellectual as a social actor is debatable but today, the validity of studies about intellectuals is undeniable.

Josep Picó

Doctor en Sociología por la Universidad de Valencia. Actualmente es Catedrático de Sociología en el Departamento de Sociología y Antropología Social de la Universidad de Valencia.

He gained his Ph.D. in sociology at the University of Valencia, and is currently Professor of Sociology at the Department of Sociology and Social Anthropology of the University of Valencia.

Departamento de Sociología. Universidad Católica de Valencia. C/ Guillem de Castro, 94. 46003 Valencia. Spain.

Juan Pecourt

Doctor en Sociología por la Universidad de Cambridge. Actualmente es Profesor de Sociología en el Departamento de Sociología de la Universidad Católica de Valencia y en el Departamento de Sociología y Antropología Social de la Universidad de Valencia.

He gained his Ph.D. in sociology at the University of Cambridge, and is currently lecturing in sociology at the Sociology Department of the Universidad Católica de Valencia and the Department of Sociology and Social Anthropology of the University of Valencia.

Presentar el estudio de los intelectuales a lo largo de la literatura social, ya sea histórica o sociológica, es una tarea complicada, no solamente por la dificultad de objetivar y acertar las características y límites de su definición, sino por la multiplicidad de enfoques, contextos y métodos con los que las diferentes ciencias sociales se han ocupado de ellos. En las páginas siguientes, después de apuntar algunas cuestiones metodológicas básicas, presentaremos una panorámica representativa, aunque sin duda incompleta, de este campo de reflexión sociohistórica, situando las principales aportaciones y líneas de investigación en su contexto específico.

1. EL ESTUDIO DE LOS INTELLECTUALES

Desde el punto de vista disciplinar, en un panorama tan amplio, podemos distinguir dos grandes perspectivas para su estudio: una proviene de la historiografía y la otra de la sociología. Las diferencias metodológicas entre ambas disciplinas implican una aproximación diferenciada (y en ocasiones complementaria) a este fenómeno.

Lo que podríamos llamar *historia de los intelectuales* tiene como característica principal interesarse por los hombres de letras a partir de sus expresiones y manifestaciones públicas. El presupuesto de este interrogante es considerar que un intelectual se constituye como tal en el momento que sale a la esfera pública y se ocupa de asuntos que no son estrictamente de su competencia, es decir, cuando entra en el juego político que conforma la *polis* moderna. Estos trabajos, por tanto, están muy centrados en la figura del compromiso, que puede entenderse de manera diferente según la época y la sociedad en las que nos situemos (Dosse, 2007: 127). Al interrogarnos sobre el estatuto y el sentido de la producción intelectual, sobre las diversas maneras de interrogarla y sobre los diversos modos de lectura y apropiación, han surgido diferentes métodos en el seno de la historiografía. En algunos lugares fue dominante la historia de las mentalidades (Foucault) y en otros la historia de las ideas (Lovejoy). Este campo se ha renovado recientemente gracias a dos innovaciones en el ámbito teórico: por un lado, la comprensión de que la producción cultural es una práctica, indisociable de sus lugares de enunciación y de sus soportes, y, por el otro, los efectos del *linguistic turn*, que han dado una nueva centralidad al «mundo del texto» y una mayor atención tanto a la operación de la escritura como a su recepción (Dosse, 2007: 128). En este ámbito destaca la influencia de la historia intelectual realizada bajo los auspicios de la Escuela de Cambridge.

Efectivamente, el proyecto de la Escuela de Cambridge está dirigido a interpretar las obras de los pensadores dentro de su historicidad, desarrollándose en la intersección entre la historia clásica de las ideas, la ciencia política y la lingüística. Los trabajos de estos autores

van dirigidos a desentrañar la obra de los autores del pensamiento político clásico (Pocock, 2002; Dunn, 1983; Skinner, 1978, 1996). Su centro de atención consiste en favorecer un enfoque contextual, rompiendo así con la búsqueda puramente genealógica de la historia de las ideas de Lovejoy, basada en el estudio de las influencias de unos autores sobre otros y el encadenamiento de las ideas. El objetivo es reconstruir el contexto intelectual donde surgen las grandes obras del pensamiento político y analizarlas utilizando los esquemas de pensamiento y el vocabulario del periodo estudiado. Su intención es que el presente no distorsione ni contamine el estudio del pasado. Tomando una definición rigurosa del intelectual, sería un anacronismo considerar a los autores analizados como intelectuales. Sin embargo, los estudiosos de la Escuela de Cambridge no dudan en presentarlos como innovadores ideológicos y su estilo ha tenido una gran influencia en el análisis de la temática intelectual. Complementariamente, otros historiadores han realizado reconstrucciones contextuales que no se basan en el mundo del texto, sino en los ámbitos académicos y urbanos en los que actúa este colectivo (Bender, 1997).

Por el otro lado, frente a la historia de los intelectuales, nos encontramos con la *sociología de los intelectuales*. Estos estudios destacan las redes de poder y tienden a explicar la producción de las ideas a través de mecanismos fuertemente dependientes de sus lugares de enunciación. Los sociólogos centran su atención en los procesos sociales implicados en la fabricación de las ideas, preocupados por cartografiar el fenómeno y descubrir su lógica interna (Dosse, 2007: 99). La manera de dar cuenta de los intelectuales depende, sin embargo, de los modelos sociológicos utilizados, privilegiando, en algunos casos, los fenómenos de innovación en la producción simbólica y, en otros, el papel de los intelectuales como reproductores de las estructuras sociales existentes. Algunas veces, el objetivo de los sociólogos es evitar el análisis del contenido de las obras y limitarse a la descripción de la escena sobre la que intervienen, especificando las formas de relacionarse y los espacios sociales en los que se encuentran. En definitiva, elaboran así una especie de etnografía de la vida intelectual.

Un ejemplo de sociología de los intelectuales en esta dirección lo encontramos en el trabajo de Rémy Rieffel *La tribu des clercs* (1993), donde se propone una cartografía excelentemente documentada de los intelectuales franceses desde 1958. Se trata de un ejemplo paradigmático de gran ambición sociológica cuyo mayor interés está en la meticulosidad con la que reconstruye las redes intelectuales parisinas de la segunda mitad del siglo xx; su debilidad consiste, sin embargo, en que no tiene en cuenta el análisis del contenido de la producción cultural, de las ideas concretas que los intelectuales defienden en el espacio público. Otros trabajos ponen el acento en salvar la separación que existe entre el mundo social y el mundo de las ideas. Como ejemplo reciente de este esfuerzo metodológico de síntesis podríamos citar la obra de Bourdieu *Las reglas del arte* (1995), donde intenta relacionar la

producción de los hombres y mujeres de la cultura con la posición específica que ocupan en el espacio social, y logra definir las correspondencias directas que se establecen entre ambos niveles. Otra obra que podemos destacar es *The intellectual enterprise* (Boschetti, 1988), donde su autora analiza el pensamiento de Sartre y la influencia de *Les Temps Modernes* mediante una reconstrucción contextual que recuerda a la Escuela de Cambridge, aunque utilizando una perspectiva sociológica muy influida por Bourdieu.

Fuera de ese campo existen también un gran número de trabajos de carácter teórico que han influido en la manera de entender al intelectual: desde las aportaciones clásicas de Mannheim (1929) y Gramsci (1930), hasta las más recientes de Gouldner (1979) y Bauman (1987). Estos trabajos no presentan casos concretos, sino que proponen más bien un rol diferenciado para la comunidad intelectual en el contexto de la sociedad moderna y, aunque las perspectivas son múltiples, existe el consenso básico de considerar intelectuales a aquellos individuos que realizan un trabajo mental y por ese motivo ocupan una posición social determinada. Más allá de este acuerdo fundamental, la manera de insertarlos en la sociedad y dotarlos de una determinada función varía enormemente según el autor y la época. Entre estos autores se observa una línea de fractura, que se ha conservado a lo largo del tiempo, entre quienes defienden el compromiso político y quienes lo rechazan. En tiempos recientes se ha mantenido la distinción entre los que intentan mantener el compromiso (Said, 1996) y sus críticos (Posner, 2002).

Hay autores adscritos únicamente a uno de los campos, ya sea el histórico o el sociológico, pero también es cierto que en los últimos tiempos han surgido fenómenos interesantes de hibridación entre la historia de los intelectuales y la sociología de los intelectuales. Éste sería el caso de Christophe Charle, que utiliza el instrumental teórico y metodológico de Bourdieu para realizar una investigación histórica sobre los orígenes de los intelectuales en la Francia de finales del *xix* (Charle, 1990, 1996), o también el de Robert Darnton, que, aun procediendo de la rama histórica e influenciado por la Escuela de Cambridge, utiliza nociones tomadas de la sociología para situar el enfoque principal en los contextos de producción, distribución y recepción de las obras culturales (ya sean de élite o más populares). En el primer caso, el interés se sitúa en el estudio del *affaire Dreyfus*, mientras que en Darnton el centro de atención lo encontramos en la Ilustración y la República de las Letras (Darnton, 1982, 1996).

Finalmente, otro apartado que debemos tener en cuenta cuando estudiamos el fenómeno de los intelectuales es el contexto nacional (Suny y Kennedy, 1999). En este sentido, la mayor parte de los estudios se sitúan en un marco nacional o estatal determinado, y en cada caso se configuran de manera diferente. Existen sociedades, como la francesa, con una gran tradición en la intervención pública de los intelectuales, donde encontramos una línea

genealógica Zola-Benda-Sartre-Foucault-Bourdieu que ha influido ampliamente la manera de entender el papel del intelectual en el resto del mundo. Dicha visibilidad pública se complementa con una fuerte implantación académica y numerosas ramas de investigación que siguen diferentes metodologías (Ory y Sirinelli, 1986; Judt, 1992; Rieffel, 1993; Winock, 1997). Encontramos, sin embargo, otras sociedades donde el papel de los intelectuales se encuentra constantemente bajo sospecha, y donde la palabra intelectual se utiliza más en sentido irónico que con voluntad analítica. Éste sería el caso de amplios sectores de la sociedad británica, que consideran muy negativos los efectos de la intervención del intelectual (Carey, 1992). Sin embargo, también aquí encontramos importantes referentes intelectuales como Bertrand Russell y estudios que reivindican la figura del intelectual (Collini, 2006).

En España encontramos un interés intermitente en el fenómeno, con momentos de eclosión, como fueron los años de la República, y otros de retracción, como sucedió en los primeros años del franquismo. Aunque en la universidad española no existe una tradición tan fuerte como en Francia, sin embargo, se han realizado numerosos estudios, más desde la vertiente histórica y literaria que desde la sociológica. Entre los ejemplos más recientes de estudios sobre los intelectuales españoles que han tenido una cierta repercusión podemos citar *Historias de las dos Españas*, de Santos Juliá (2004); *La resistencia silenciosa*, de Jordi Gracia (2004), y *Disidencia y subversión*, de Pere Ysàs (2004).

2. LA ILUSTRACIÓN COMO PUNTO DE PARTIDA

Aunque en todas las épocas el intelectual, entendido en el sentido más genérico de la palabra —es decir, aquella persona que se ocupa del campo de los valores, se dedica al cultivo de la inteligencia y el espíritu, y se aparta de las cuestiones más prácticas de la vida cotidiana—, ha tenido un lugar y un papel específicos en las sociedades premodernas, parece bastante aceptado que sus orígenes, en la sociedad moderna, se remontan al periodo ilustrado. En ese momento surgen los valores y las formas de actuación que caracterizan al intelectual moderno, y se basan tanto en la lucha por su autonomía frente a otros poderes sociales como en la necesidad de crear un contrapoder frente a las acciones, a veces injustificables, del gobernante.

Durante el siglo XVIII aparece en la sociedad un grupo social de contornos poco precisos, gentes provenientes del mundo de las letras, que generan poco a poco un espacio autónomo reivindicando un poder social reconocido y legítimo. Esta nueva figura tiene, en principio, una doble vertiente, el personaje individual y el grupo, que tienen connotaciones diversas en función de las características que les aglutinan. El prototipo del personaje individual

podría ser Voltaire, que lucha denodadamente por conseguir su independencia del favor del Príncipe para asentar su posición social como escritor que se debe sólo a sus lectores. Es un periodo histórico en el que la libertad de pensar y escribir avanza junto a la libertad de comercio, el sistema de mecenazgo desaparece y el intelectual y el productor cultural se independizan. Voltaire no es el único que transforma la relación entre los intelectuales y los poderosos; también D'Alambert —en su *Essai sur la société des gens de lettres et des grands* (1753)—, Rousseau y otros abrirán un nuevo espacio público en la sociedad francesa que desembocará en la Enciclopedia, una nueva forma de definir y leer el mundo que inicia la Modernidad. En Alemania, sin embargo, el movimiento intelectual aparece cuando Herder, Lessing, Shiller y los románticos del *Sturm und Drang* publican sus primeras obras para reivindicar una cultura alemana opuesta a la civilización francesa, y en Rusia la *intelligentsia* configura ya un pequeño grupo, educado en la cultura occidental, que empieza a expresar sus opiniones después del reinado represivo del zar Nicolás I; es el grupo de intelectuales que a partir de 1870 se les identifica como los partidarios de la revolución y el socialismo.

Originalmente, como dice Sartre (1972), estos intelectuales aparecen como una diversidad de personas que han adquirido cierta notoriedad por trabajos que demuestran inteligencia en las ciencias aplicadas, sociales o humanas, y utilizan este prestigio para salir de su ámbito y criticar la sociedad y los poderes establecidos en nombre de una concepción global dogmática, moralista o marxista del hombre. No son clérigos quienes construyen esta ideología, sino especialistas del saber práctico: abogados (Montesquieu), hombres de letras (Voltaire, Diderot, Rousseau), matemáticos (D'Alembert), que ocupan el lugar de los clérigos y se llaman filósofos, amantes de la razón. Con sus trabajos tratan de crear una concepción racional del Universo que abrace y justifique las acciones y reivindicaciones de la burguesía.

Por tanto, la filosofía de las Luces es la que anticipa la actividad de los intelectuales, la heredera de los clérigos medievales (Le Goff, 1962) y de los hombres de letras del Renacimiento. Cuando aparece la palabra, a comienzos del siglo XIX, se refiere a un conjunto de novelistas, artistas, poetas y otras figuras vinculadas al mundo de la producción cultural y científica, que sentían una responsabilidad moral para interferir en la vida pública e influir en sus ciudadanos y líderes políticos. El intelectual era alguien cuya reputación personal le permitía ir más allá de la preocupación concreta de su profesión y se comprometía con los temas generales de su tiempo; su presencia como grupo está vinculada a su movilización y a su proyección en el ámbito político, que coincide históricamente con el nacimiento de lo que llamamos Modernidad.

Bauman ha definido algunas de las características fundamentales que posibilitan el nacimiento de los intelectuales en este periodo histórico: a) la importancia y el poder creciente

del conocimiento en la sociedad moderna; b) el declive de la vieja clase gobernante, la nobleza, que ve disminuir su prestigio y su poder sobre la opinión pública; c) el nacimiento y la construcción del Estado moderno, que redefine las relaciones entre lo público y lo privado y configura un nuevo sistema social basado cada vez más en el conocimiento; d) la creación de espacios autónomos en donde se sitúan los intelectuales, desvinculados de instituciones y libres de lealtades; e) la secularización de la sociedad y la separación entre el discurso científico y el moral; y f) su firme propósito para defender la verdad, la razón y las libertades (Bauman, 1987).

3. ORÍGENES DE LA PROTESTA INTELECTUAL

Pero el término «intelectual», que en principio atiende a razones de universalidad, veremos que puede tener significados distintos en función de las condiciones estructurales y las circunstancias políticas de su aplicación. A mitad del siglo XIX, por ejemplo, en algunos países europeos como Rusia y Polonia, el concepto tenía connotaciones positivas, por pertenecer a un estrato social más alto o por identificarse con el pensamiento de izquierdas y ponerse al servicio del progreso social, la revolución o la independencia nacional, pero más adelante tomó significados muy diversos en función de la posición política que se adoptase.

El caso más paradigmático, considerado por muchos como el momento fundacional de los intelectuales como grupo social y espacio autónomo, fue el *affaire* Dreyfus (1894-1906); la intervención y movilización de un grupo de intelectuales franceses, que emprenden una campaña (cartas, súplicas, artículos, fundación de asociaciones) para que se revise un error judicial, desata una de las crisis más fuertes de la III República y se convierte en una batalla por la verdad y la justicia. En realidad, lo que estaba en juego detrás del *affaire* Dreyfus era la consolidación o la muerte de los valores defendidos por la República.

La revisión o no del juicio por espionaje de un militar judío francés enfrenta a dos grupos de intelectuales: quienes defienden el esclarecimiento de la verdad y la neutralidad y transparencia de la justicia frente a quienes tratan de preservar los valores nacionales y el honor militar por encima de todo. La batalla se inicia el 13 de enero de 1898, cuando Zola publica su famosa carta «J'Accuse»; al día siguiente, el periódico radical *L'Aurore* publica un breve texto titulado «Une protestation», que fue firmado por mil doscientos escritores y representantes de los diversos ámbitos de la cultura y al que Clémenceau se refirió en su comentario editorial como «la protestation des Intellectuels», que moviliza a la opinión pública. Charles Péguy, Herr, Halévy, Anatole France y Proust, entre otros, defienden con su pluma los valores de la verdad y la justicia contra los intereses aparentes de la defensa nacional,

encarnados en el Consejo de Guerra que condena a Dreyfus. Pero a su vez los intelectuales «nacionalistas» denuncian a sus adversarios, «los aristócratas del pensamiento», que han perdido el instinto de la raza y el sentido de la nación. Maurras y Barrés lideran la defensa intelectual de los valores e intereses franceses frente a los intelectuales universalistas. Del *affaire* Dreyfus surgen, por tanto, dos grupos de intelectuales: el universalista y el nacionalista. El primero toma parte por la moral y los principios universales y humanitarios; el segundo, por la defensa de la nación amenazada por todas partes, y verá cumplidos sus deseos en el umbral de la Gran Guerra.

Con el *affaire* Dreyfus el intelectual francés se configura como un grupo autónomo, sin dependencias políticas o institucionales que le aten a intereses espurios; se presenta con la imagen del hombre comprometido solamente con los valores humanos, capaz de ejercer la crítica frente al poder establecido y de influir en la opinión pública, la política y las instituciones del Estado. De allí nace la Liga de los Derechos del Hombre y el reconocimiento de los derechos del ciudadano, y se convertirá en un modelo de acción y concienciación para las movilizaciones que posteriormente se emprenderán en otros países.

Ahora bien, el problema de los intelectuales venía siendo también un objeto de reflexión y controversia en algunos ámbitos especialmente politizados como el marxismo. En el debate sobre el revisionismo entre Bernstein y Kautsky, este último se opuso a la autonomía del intelectual, y en su lucha contra el revisionismo socialdemócrata proponía la unidad entre los intelectuales y el partido en base a un proyecto común. Mantenía que la tesis lassalliana de la alianza entre la ciencia y los obreros es contraria a la teoría marxista; una ciencia que quiera contribuir a la emancipación del proletariado no puede ser desarrollada más que por el mismo proletariado. Por tanto, la relación de los intelectuales con la cultura no se debía confiar a elementos que provienen de la burguesía, no hay contraposición entre el partido y los intelectuales como especialistas de la cultura, sino que forman un bloque indisoluble de teoría y política vinculados en una acción recíproca. Una visión ortodoxa que difería de las tesis revisionistas socialdemócratas, como se demostró poco después, cuando Adler hizo una llamada a la adhesión masiva de los intelectuales a la causa del movimiento obrero socialista, retomando la tesis de Bernstein de considerarlos como portavoces de conciencia «desde el exterior».

Bernstein, por tanto, no aceptaba la indisolubilidad entre trabajo material y trabajo intelectual. Consideraba que los intelectuales, con el desarrollo del capitalismo moderno, se habían transformado en asalariados al servicio del capital y se habían convertido en un grupo social intermedio, sin llegar a constituirse como clase. Con ello han adquirido cierta independencia de las fuerzas económicas, pero a su vez su dependencia salarial no los identifica sin más con la clase trabajadora. De esta manera, los revisionistas se desvinculan del

materialismo histórico e inician el debate sobre el papel de los intelectuales, su relación con el partido, la estratificación social y la alianza de clases.

Esta controversia dividirá posteriormente el ámbito marxista en dos bandos, representados por los partidos comunista y socialista, que tendrán una aproximación distinta al tema de los intelectuales a lo largo del siglo xx, como se comprobará en su actitud ante las dos guerras mundiales. De hecho, la Primera Guerra Mundial mostró las contradicciones del mundo intelectual en todos sus ámbitos. Bajo los principios del «bien común», «el interés de la patria» y «la libertad de los pueblos», la inteligencia nacionalista consiguió desarmar ideológicamente a los marxistas y legitimar una guerra cuyos intereses eran únicamente la dominación y el poder de las burguesías nacionales, como demostró el Manifiesto de octubre de 1914, firmado por noventa profesores representantes de la intelectualidad alemana, repudiando las atrocidades de los Aliados y apoyando el esfuerzo de la guerra de su país.

Vemos, pues, que los orígenes de la protesta intelectual están marcados ya por las diferencias que se establecen en el significado del término, dando lugar a la formación de grupos ideológicos y comportamientos diferentes, cuando no contrapuestos.

4. LOS INTELECTUALES COMO OBJETO DE REFLEXIÓN

La inteligencia alemana, que hasta entonces había sido una inteligencia de cátedra, corporativista y nacionalista, se transforma durante la República de Weimar (1919-1933), cuando Berlín pasa a ser la capital cultural de Europa, y allí se reúnen muchas de las corrientes artísticas e intelectuales modernas. En este periodo de entreguerras comienza la reflexión teórica sobre la importancia y el papel de los intelectuales en la sociedad moderna, sobre todo con las aportaciones de Benda (1927), Mannheim (1929), Gramsci (1930) y Nizan (1932), y su preocupación por la decadencia moral de Europa y el rechazo de las instituciones burguesas y el parlamentarismo liberal. Los intelectuales tienen ya un peso social en la vida pública y se posicionan y movilizan ante los diversos acontecimientos, siendo el de mayor importancia su actitud frente al ascenso del fascismo, a la vez que constituyen para las ciencias sociales modernas un elemento de análisis social.

El libro de Benda *La trahison des clercs* (1927) ha sido considerado por muchos como el texto fundacional del concepto y defensa del intelectual libre e independiente, y un ataque al intelectual partidista. A finales del siglo xix los intelectuales, abandonando los fines desinteresados del conocimiento, entraron en el juego de las opciones políticas favoreciendo el particularismo frente al universalismo, la acción sobre el conocimiento y

las formas políticas propias de la naturaleza pasional de los seres humanos. Como portador de la verdad y la justicia, el intelectual tenía el derecho a intervenir en los asuntos temporales por el bien de la humanidad, pero la naturaleza de sus ideales le prohíbe acercarse demasiado a la arena política y contaminarse de la pasión o los intereses prácticos.

Benda, Mannheim y otros autores escriben en una época turbulenta, marcada por los vientos contrapuestos del bergsonismo, el fascismo y el bolchevismo, tan poco propicios para que los intelectuales abandonasen el discurso libre, crítico y la razón desapasionada. *La decadencia de Occidente* (1918-22), de Spengler, pronosticaba la crisis y descomposición de la sociedad. La clase media había perdido protagonismo y se adaptaba rápidamente a las fuerzas del mercado, donde se imponían los mecanismos de la producción y la competencia. El materialismo se imponía y mediaba las relaciones sociales, tal como denunciaban los propios humoristas de la prensa escrita. En este marco histórico, Mannheim rechaza la visión estática del intelectual y define su figura como una persona sin intereses sociales prácticos, ni ubicado o identificado con ninguna clase social: «desde el punto de vista sociológico el hecho decisivo en los tiempos modernos, en contraste con la Edad Media, es que el monopolio de la interpretación religiosa del mundo que estaba en manos de la casta sacerdotal se ha roto, y en lugar de un estrato cerrado y organizado de intelectuales ha aparecido una inteligencia libre cuya tarea es la de formular utopías de las que se deriva una lectura de la sociedad distinta y capaz de transformar la percepción humana y, por tanto, la acción política. El intelectual independiente y libre de ataduras no debe adherirse a causas concretas, pero su pensamiento es un potencial con efectos prácticos» (Mannheim, 1929: 57-58).

Contra este idealismo se opone Nizan en *Les chiens de garde* (1932), donde se muestra partidario de que los intelectuales se enfrenten a la realidad y abandonen las formulaciones abstractas. Pero cuando la implicación de los intelectuales en la política y en la vida pública sufre una verdadera revolución es con la aportación de Gramsci, que reformula el pensamiento marxista en su lucha contra el capitalismo y el fascismo. Gramsci define el papel de los intelectuales en el marco de lo que ha de ser la alianza de las fuerzas revolucionarias para cambiar la sociedad, teniendo en cuenta los cambios que se han producido en el desarrollo económico y tecnológico del primer tercio del siglo xx, y las contradicciones que éstos han provocado. En ese contexto sociopolítico, el intelectual no puede ser un agente autónomo respecto de las clases sociales, sino que ha de ser el elemento articulador de su alianza, se ha de convertir en el intelectual *orgánico* que medie entre el aparato ideológico (la superestructura) y las fuerzas de producción (la infraestructura), con el fin de asegurar el consenso del bloque hegemónico, sin el cual es imposible llevar a la práctica el proyecto revolucionario.

Para este autor, el intelectual no es una figura aislada, la persona cultivada que a través de su trabajo se pone al servicio de la clase obrera, sino que es toda persona o grupo de personas que, con el desarrollo de la tecnología, la división del trabajo y la multiplicación de las funciones, se encuentran tanto en ocupaciones reproductivas (profesores, periodistas, funcionarios, clase política) como en las productivas (técnicos medios, administrativos, agentes de distribución y comunicación) y, en general, en todo un conjunto de actividades que convierten a estos agentes en un «intelectual colectivo», una fuerza orgánicamente vinculada a la clase trabajadora en su lucha por la transformación moral de la sociedad.

Este moderno Príncipe colectivo ya no es el modelo heredado de la tradición idealista hegeliana, el intelectual independiente portavoz de los ideales humanitarios, sino el grupo que expresa la voluntad colectiva de emancipación y garantiza la cohesión interna de las fuerzas del progreso y su hegemonía en la lucha por la conquista de la sociedad civil y la nueva reformulación del Estado. Es una lectura contraria a las tesis de Benda y Mannheim, pero que comparte con ellos la tarea asignada a los intelectuales de guía moral y visión utópica, transformadora de una sociedad cuya formulación no gusta a nadie.

La desazón y la crítica hacia la sociedad europea de entreguerras, por las imperfecciones y enfrentamientos del sistema democrático parlamentario, fueron el caldo de cultivo del ascenso del fascismo en diversos países europeos y del enfrentamiento entre los intelectuales. Los ortodoxos alemanes, los grandes mandarines, durante la década de los años veinte, cayeron en reacciones de tipo irracional que les llevaron a adoptar actitudes cada vez más antidemocráticas, como el desprecio a las masas y el sentimiento de estar por encima de los partidos, que les situó en el área de influencia de los nazis (Ringer, 1969). En Italia y Alemania se emprendió una política de persecución y aislamiento que dividió a los intelectuales en partidarios y contrarios al fascismo (Hobsbawm, «Gli intellettuali e l'antifascismo», 1947), pero su reacción no se hizo esperar. A comienzos de los años treinta se constituyen organizaciones que agrupan a los intelectuales antifascistas, y autores como Mann, Koestler, Shaw, Malraux, Russell, Einstein y otros se reúnen para protestar y oponerse a las dictaduras en Amsterdam (1932), París (Le Congrès International des Écrivains pour la Défense de la Culture, 1935), Berlín y Moscú. Durante todos estos años, antes y durante la Segunda Guerra Mundial, muchos emigraron de sus respectivos países, algunos murieron y casi todos tuvieron que tomar partido por uno u otro bando en la lucha por las ideas y el modelo de sociedad.

5. LA GUERRA FRÍA Y EL DEBATE IDEOLÓGICO

La Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría que le sucedió son acontecimientos cruciales en la historia reciente de la humanidad, sobre todo en el campo de las ideas, en el que los intelectuales jugaron un papel de importancia crucial. El panorama internacional de Occidente en ese momento era muy variado y, en ocasiones, contradictorio. Estados Unidos se había convertido en el reino de la libertad, donde muchos intelectuales encontraron refugio huyendo de los totalitarismos europeos, pero al mismo tiempo iniciaba una persecución contra aquellos que eran sospechosos de simpatizar con las ideas comunistas. En Europa, los partidos comunistas, que habían tenido un gran protagonismo en la lucha contra el fascismo, albergaban un gran número de intelectuales que se oponían al capitalismo deshumanizador y tenían esperanzas fundadas en el modelo alternativo de los regímenes comunistas. Pero a su vez estos regímenes, en nombre del proletariado, desataban una represión descomunal contra todos los intelectuales disidentes, es decir, contra aquellos que se atrevían a manifestar sus opiniones contrarias al poder establecido.

La guerra había dejado bien claro que el dominio de las ideas era tan importante o más que el de las armas. Tanto es así que la doctrina del presidente Truman (*A New World*) se centraba ahora tanto en la carrera armamentística como en la lucha ideológica, con el objetivo de combatir en todos los terrenos la ideología comunista, lo cual tuvo como consecuencia inmediata la creación en 1950 del Congreso por la Libertad de la Cultura, en Berlín, que muchos interpretaron como una respuesta a las Conferencias por la Paz Mundial que organizaba la propaganda soviética en el Berlín Oriental. El Congreso defendió la profesionalidad y la independencia de los intelectuales, dos condiciones que se daban únicamente en las sociedades libres y no en la Unión Soviética. La profesionalidad del intelectual se basa en la conciencia de su importancia en la sociedad y en la libertad para actuar en su campo, independientemente de la coacción del Estado. En la Unión Soviética los intelectuales están sometidos al control político y no hay libertad académica, que es el requisito necesario para la práctica de la ciencia y la crítica libres de toda ideología.

En este contexto, Raymond Aron, en *L'Opium des Intellectuels* (1955), emprende un ataque contra los totalitarismos y su visión del papel que ha de jugar el intelectual en una sociedad libre, una defensa del pluralismo que fue desmentida no sólo por el macarthismo y su lucha contra los intelectuales sospechosos de simpatizar con el comunismo, sino por el apoyo económico y logístico que estos congresos de intelectuales «libres» recibían de las agencias de espionaje como la CIA y de otras instituciones al servicio del gobierno.

En medio de estas disputas, y de un mayor o menor alineamiento con los dos bloques, se encontraban aquellos que no eran partidarios ni del credo liberal ni del comunista, como

Mounier, Camus, Richter, Böll, Pavese o Levi (Wilkinson, 1989), que trataban de situarse en una línea intermedia de izquierda crítica progresista pero no comunista.

Al mismo tiempo, en estos años de postguerra, el estalinismo reclutó una «nueva inteligencia» de centenares de miles de «funcionarios» que usufructuaban la Administración del Estado. Esta política requirió la eliminación del intelectual independiente o crítico y una gran simplificación de la doctrina marxista. El estalinismo no dejó ningún espacio para el intelectual autónomo. La «verdad» estaba en manos del Estado y no cabían otras lecturas de la realidad. Los disidentes eran internados en campos de concentración, psiquiátricos o simplemente ejecutados (Conquest, 1968). Solamente con la hemorragia de militantes, después de la invasión de Hungría en 1956 y las revelaciones de Khrushchev en el Congreso del Partido de ese mismo año empezó el deshielo del Gulag, que se acentuó después de la invasión soviética de Checoslovaquia. Aquí comenzaron las deserciones, cuando no las expulsiones, de algunos grandes nombres de la inteligencia comunista europea (Lefebvre, Sartre y otros), así como los manifiestos y las movilizaciones. Aunque en algunos países como la China de Mao, mucho más aislados, se retoma el concepto de intelectual orgánico (el intelectual completo) y su unión con los obreros y los campesinos para articular y alcanzar la hegemonía ideológica.

Paralelamente a lo que sucedía en los países comunistas, las ciencias sociales, y en particular la sociología americana, centran su atención en el estudio y la reflexión sobre la definición, el estatus y el rol de los intelectuales: Parsons, Shils, Coser, Mills, Gouldner son algunos de los representantes de esta disciplina que tratan la situación del intelectual desde un punto de vista positivo o crítico. El término «intelectual» había aparecido ya en el ámbito sajón en la onceava edición de la *Enciclopedia Británica*, publicada en 1910: «se califica a un hombre de intelectual porque se ocupa generalmente de la teoría y de los principios más que de la práctica, es una persona apartada del mundo, especialmente formada y culta, que se ocupa poco de las cosas y placeres ordinarios». Pero no será hasta los años treinta cuando aparece esta voz en la *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, escrita por Robert Michels, y empieza a aplicarse a colectivos como el grupo de Bloomsbury con el calificativo de racionalistas, progresistas y luchadores por la emancipación.

Después de la Segunda Guerra Mundial los funcionalistas positivaban el término y lo definen como una categoría socioprofesional, dentro de una clasificación de tipos de ocupación que, en las sociedades avanzadas, comprende una cantidad de personas muy amplia y significativa que incluye periodistas, profesores, artistas y, en general, a la mayor parte de los productores y distribuidores de cultura. Lipset, por ejemplo, los define como «aquellos agentes que crean, distribuyen y gestionan la cultura, es decir, el mundo simbólico de los seres humanos», los que se interesan por la búsqueda y conservación de los valores co-

lectivos. El intelectual va más allá de su campo de competencia profesional para hablar de las cosas en que no es experto, pero por las que se interesa y con las que se siente implicado, lo cual le diferencia de los técnicos y profesionales. Por eso, como argumenta Coser (1965), la adhesión de los intelectuales a los diversos ámbitos del *establishment* puede acabar con ellos, tal como se les ha conocido en la historia reciente, y es cuestionable que su plena integración sea lo mejor para el interés de la sociedad americana, aunque sólo sea porque un sistema que no se somete a la crítica no es capaz de respuestas creativas.

Desde Chicago, Shils (1972) emprendió una sociología de los intelectuales americanos dividiéndolos entre quienes se oponen a las normas vigentes y quienes trabajan para mantener el orden y la continuidad de la vida pública, considerándolos indispensables para la sociedad. Desde un punto de vista más crítico, Gouldner (1979) cree que los intelectuales se han convertido en una clase social que subvierte el poder y son portadores de una cultura crítica, una racionalidad históricamente emancipadora que reclama su autoridad sobre la base del conocimiento, y no sobre la fuerza o la violencia. Como toda clase, se apropian del capital cultural y tratan de aumentar su poder político. Es un discurso que, en parte, preanuncia los trabajos posteriores de Bourdieu.

6. LOS INTELLECTUALES DESPUÉS DEL MARXISMO

Recientemente ha renacido el interés por el estudio de los intelectuales (Kurzman y Owens, 2002). El auge de las corrientes filosóficas postmodernas y la crisis de las «grandes narrativas», especialmente del marxismo, difuminaron el interés por el intelectual durante algún tiempo, o reclamaron una visión menos elitista y más *blanda*. Por ejemplo, en su libro *Legisladores e intérpretes* (1987), Bauman certificaba la defunción del intelectual en su sentido moderno, que para el sociólogo polaco equivale a la figura del legislador. Los intelectuales han perdido la capacidad para diseñar y difundir un proyecto racional y creíble de sociedad. Frente a esta figura en vías de extinción, Bauman identifica un nuevo actor social que interviene en la esfera pública y que estaría perfectamente equipado para dar soluciones a los nuevos problemas que se presentan en las sociedades multiculturales de finales del siglo xx. Si el intelectual de la modernidad legislaba sobre la sociedad imponiendo sus percepciones de la realidad a una ciudadanía sin capacidad de réplica, el intelectual postmoderno (o intérprete) tiene otra misión: no trata de imponer una determinada visión sobre las masas, sino de facilitar la comunicación entre los diferentes colectivos o *comunidades de sentido* que conviven en las sociedades multiculturales. Los intelectuales postmodernos tendrían, por tanto, la capacidad de trascender la propia comunidad de origen y actuar de intérpretes en el diálogo entre miembros de diferentes culturas, sin inscribirse plenamente en ninguna de ellas. Podemos observar que las ideas

de Bauman suponen, bajo diferentes ropajes filosóficos, un retorno a Mannheim y su concepción del intelectual «libre de ataduras».

Además de la disolución del marxismo, como alternativa política viable en las sociedades occidentales, uno de los elementos que evidencian los postulados de Bauman es la nueva relación de los intelectuales con la cultura de masas y la sociedad de consumo (Bauman, 1987, 1992). El legislador poseía la autoridad para establecer los límites entre la cultura de élite y la cultura popular, la cultura de minorías y la cultura de masas. El intérprete ha perdido esa capacidad y se sumerge dentro de las corrientes de la cultura popular como cualquier otro miembro de la sociedad. El mercado de consumo ya no es un espacio de opresión y rechazo, sino que constituye el escenario donde se pueden fraguar nuevas alianzas sociales (Ross, 1989).

Algunos de los defensores del giro postmoderno, como es el caso del propio Bauman, han retrocedido hacia posiciones que recuperan los postulados más clásicos de la Ilustración (Bauman, 1999). El cambio de posición de Bauman no resulta del todo extraño. En la década de los noventa, ciertos autores han desafiado las ideas centrales de la cultura postmoderna, como la difuminación de las fronteras entre cultura popular y cultura de minorías, para reivindicar de nuevo la diferencia entre ambas esferas y la existencia de actores específicos que actúan en cada una de ellas. En este sentido, una de las propuestas más ambiciosas de los últimos años es la de Randall Collins (1998). En *La sociología de las filosofías*, Collins parte de la premisa de que los intelectuales se encuentran, hasta cierto punto, al margen de los asuntos mundanos y sus debates entran dentro de una lógica que no puede integrarse en los parámetros de la cultura de consumo masivo. Existe, por tanto, un espacio que es propio de los intelectuales y del cual surgen los grandes sistemas filosóficos que han caracterizado a las diferentes civilizaciones del planeta. En este espacio relativamente autónomo, los intelectuales se enfrentan y compiten por situarse en el centro de atención y ser reconocidos por los demás y, de este modo, acumular la mayor cantidad posible de capital cultural y energía emocional.

Collins reivindica, en el contexto de las sociedades multiculturales de finales de siglo, la existencia de espacios autónomos para el desarrollo de la creatividad y la producción cultural especializada, pero rechaza la implicación directa de los intelectuales en la sociedad. Los debates entre ellos se restringen a las características y necesidades de su propio entorno, sin relacionarse de forma evidente con las estructuras políticas o económicas de las sociedades en las que habitan. En cambio, otros autores de este periodo sí se esfuerzan en buscar nuevas vías que renueven el compromiso de los intelectuales con la sociedad, asociándolos, por ejemplo, a los nuevos movimientos sociales (Eyerman, 1994).

Desde una posición diferente, Bourdieu ofrece una de las respuestas más contundentes contra el postmodernismo. Pero aunque es verdad que, al igual que Collins, el sociólogo francés reivindica un espacio de producción cultural autónomo para los intelectuales, las características de este territorio son muy diferentes. Bourdieu critica con dureza a los que, como Collins o Bauman, emplazan a los intelectuales fuera de los grandes intereses que condicionan la sociedad, pero al mismo tiempo también critica la postura de Gramsci y sus sucesores, la idea del intelectual orgánico, es decir, el intelectual como compañero de viaje de una clase social determinada. Frente a estas posturas, Bourdieu defiende la idea del campo *intelectual*, un espacio que, como en el caso de Collins, se caracteriza por el conflicto y la competencia entre grupos e individuos, pero además enfatiza los intereses específicos que defienden de manera colectiva, a pesar de los desencuentros que puedan tener entre ellos (Bourdieu, 1995). A diferencia de otros sectores de la sociedad, sobre todo de los situados en los campos dominantes de la política y la economía, los intereses de este colectivo coinciden con los intereses universales delineados en los tiempos de la revolución ilustrada. Esto quiere decir que los intelectuales, como herederos directos de los *philosophes*, son los poseedores de la razón universal. Los argumentos que nos da Bourdieu para defender una postura tan contundente son los siguientes: a) la posición social de los intelectuales, subordinados frente a los grandes poderes de la sociedad, facilita su solidaridad con los más desfavorecidos; b) el campo intelectual, si se aseguran los estándares de autonomía requeridos, es heredero y portador de los principios de la Ilustración, y c) los intelectuales tienen el monopolio de la razón reflexiva, que les permite examinar su propio *interés por el desinterés* (Kurzman y Owens, 2002: 79). Por tanto, para Bourdieu, los intelectuales son un grupo compacto, aunque no sea siempre consciente de ello, que debe implicarse en los grandes debates sociales y luchar por la difusión de los principios universales de la Ilustración.

7. INTELLECTUALES FRENTE AL PÚBLICO

Las teorías más recientes sobre los intelectuales muestran un interés cada vez mayor por la relación de los intelectuales con los medios de comunicación, aceptándose de manera generalizada que los medios han contribuido a transformar de manera irreversible su papel en la sociedad (Coser, 1965). El prestigio del intelectual y su repercusión social es, en cierta medida, una consecuencia del acceso a los medios de comunicación y de la facilidad con la que sus ideas llegan al público. Aunque se ha acelerado en las últimas décadas, el problema de la difusión no es nuevo. Entre los siglos *xiv* y *xv*, los hombres de letras comienzan a ser cada vez más conscientes de su propia identidad; por eso, la representación de sí mismo y el cuidado de su imagen pública se convierten en una obsesión (Maldonado, 1998). En este sentido, Erasmo puede ser considerado un precursor debido a la actividad

promocional que desarrolló de sus propias ideas y obras. Fue el primero que reconoció la importancia revolucionaria de la imprenta como nuevo medio de comunicación para difundir una imagen positiva de sí mismo. Más tarde, durante el *affaire* Dreyfus, será Barrés, el líder de la derecha francesa, quien popularizará el término, cuando publica en *Le Journal* una crónica titulada «La protesta de los intelectuales», palabra que pronto adquiere un nuevo sentido y designa una nueva categoría social. Los medios son los que aglutinan a este colectivo.

Lo subrayará más tarde Debray (1979), cuando establece una triple división de la vida intelectual en el siglo xx: en una primera etapa, de 1900 a 1930, el intelectual tipo es el profesor que confía en la causa de Dreyfus y en la República; más tarde, desde 1930 a 1960, sería el escritor independiente; mientras que, finalmente, a partir de 1960, se convierte en la celebridad televisiva. Los medios de comunicación impulsan la personalidad frente al colectivo, lo sensacional frente a lo inteligible, y lo singular frente a lo universal. Al intelectual no le interesa tanto su independencia cuanto disponer de su columna personal, su programa de radio o de televisión. Se observa una transferencia del poder intelectual desde el ámbito universitario hacia los medios. En ese contexto de mediatización de los intelectuales, Boudon (1981) ha establecido una nueva clasificación de los intelectuales según el público al que se dirigen, y distingue tres tipos fundamentales: en primer lugar, los que se dirigen exclusivamente a sus pares; a continuación, los que quieren alcanzar segmentos especializados más amplios; y, finalmente, los que se hacen visibles en un mercado difuso y masivo. Este autor observa una tendencia generalizada de los intelectuales a acercarse a los mercados difusos y mayoritarios.

Aunque estas tesis, especialmente la de Debray, parecen algo genéricas, es cierto que con el desarrollo de los medios de comunicación de masas y la importancia creciente de las audiencias, las revistas de pensamiento han perdido relevancia en favor de la prensa, la radio y la televisión, que alcanzan una audiencia masiva. Algunos autores, como Bourdieu, consideran que los periodistas han usurpado a los intelectuales su función (Bourdieu, 1997). Actualmente, el periodista media entre el pensamiento y el gran público, mientras el intelectual se ha visto obligado a popularizar su discurso y adaptar su imagen a los estereotipos verbales y a los comportamientos de los presentadores de televisión, para no aburrir con su discurso y ser breve e ilustrativo. La imagen del intelectual como celebridad se ha acompañado por el cultivo creciente de su *visibilidad*; para conectar con el gran público han de hacer visible su discurso porque son actores que compiten con otros para conseguir un espacio de atención propio*. El acceso a éste requiere estrategias de *seducción*, pero también de *generalización* ante la diversidad creciente de las so-

* El concepto de visibilidad y su transformación reciente ha sido analizado en detalle por John B. Thompson (1995).

ciedades contemporáneas y las dificultades para encontrar discursos asequibles para las mayorías.

La adicción de muchos intelectuales a la naturaleza epidérmica de los medios, pero también la cohibición de otros muchos ante cualquier trato con la esfera pública, han incrementado la polémica sobre el papel que éstos desempeñan en la sociedad actual. Aquí el debate sobre la «muerte del intelectual» está siempre latente y presto a activarse. En Estados Unidos, Jacoby (1987) lamenta la ausencia relativa de «intelectuales públicos», escritores y pensadores que se dirijan a una audiencia general y educada, porque se han retirado de sus responsabilidades públicas recluyéndose en la universidad. Otros autores, como Posner (2002), dirigen su atención hacia la decadencia de esta figura y critican con dureza el *fast thinking* de sus escritos en prensa y sus participaciones en la televisión. El profesor de Harvard llega incluso a proponer mecanismos de control para penalizar, como se hace en la universidad, a aquellos intelectuales cuyas intervenciones públicas no alcancen unos baremos mínimos de calidad.

Oponiéndose a la tesis de la decadencia, estudiosos como Said (1996) consideran que la figura del intelectual *sartreano* sigue siendo válida en el presente y hace un llamamiento a los intelectuales encerrados en el santuario utópico de los campus universitarios americanos; su profesionalización ha sido de tal envergadura que el verdadero intelectual casi ha desaparecido, dejando el paisaje bajo el dominio de aquellos que han interiorizado acríticamente las normas del Estado y el mercado. Para el teórico palestino, a pesar de esta tendencia hacia la retracción, es necesario reactivar su presencia en la sociedad. En definitiva, las reflexiones de Said y otras afines (Small, 2002; Gattone, 2006; Sasson, 2000; Kellner, 1997) se han escrito en defensa de la necesidad urgente de esta figura, de actualizar el papel que tradicionalmente ha tenido en la sociedad, frente a quienes les atacan como ideólogos autosuficientes (Johnson, 1993) que se involucran en la esfera política de manera inepta y desafortunada (Lilla, 2003; Hollander, 2006). Incluso hay quien afirma que para lograr esta influencia en la sociedad no es necesario llegar al público masivo, un objetivo que resultaría utópico; bastará con tener influencia en el llamado «público atento» (líderes de opinión, representantes políticos y sindicales, etc.) (Etzioni, 2006).

La relación entre los intelectuales y el público se sitúa en el centro del debate sobre esta figura. Pero ¿qué ocurre cuando el panorama de los medios de comunicación se transforma de manera sustancial? Es decir, cuando éstos se multiplican y diversifican (periódicos, revistas, semanarios, televisión, radio, Internet), y cuando los mensajes saturan un escenario informativo en el que los nuevos medios electrónicos de comunicación multiplican la cantidad de emisores y receptores. Porque conviene tener presente que el acceso al ordenador y a Internet ha roto, en buena medida, el control del Estado y de los grandes magnates de

la comunicación sobre los canales de información, incapaces ya de detener la comunicación en red, y aunque este tipo de información tiene poco que ver con el mundo de la ideas, sin embargo, tiene una gran capacidad para difundir mensajes que sintetizan formas de pensar que, a su vez, pueden repercutir en la acción humana, lo cual puede tener consecuencias para el futuro, tanto por lo que se refiere a la confección y presentación de las ideas como a sus formas de difusión y repercusión en públicos cada vez más diversos y multiculturales (Kellner, 1997; Michael, 2000).

CONCLUSIÓN

En el nuevo milenio se observan grandes transformaciones que no dejan de sorprender a los científicos sociales. Estos cambios se producen simultáneamente en el mundo de los negocios, el mundo de la política, y también en la cultura y la ciencia. Como hemos visto, a lo largo del siglo xx se definieron las características esenciales del colectivo de los intelectuales. En general, las definiciones más importantes intentaban identificar la posición de los intelectuales en el seno de la estructura social y en el contexto del Estado-nación. Aquí los debates variaban entre los que consideraban a los intelectuales una clase social en sí misma (Benda), los que consideraban a los intelectuales parte de una clase social más amplia (Gramsci) y los que afirmaban que los intelectuales como grupo habían logrado trascender, de manera parcial, el sistema de clases (Mannheim). Según la posición de los intelectuales en el sistema de clases, los diversos autores les otorgaban una misión específica en la sociedad, que oscilaba entre dos posturas opuestas: por un lado, el aislamiento social y la producción de un conocimiento supuestamente objetivo y neutral, y, por otro, el compromiso político y la defensa de los sectores más débiles de la sociedad. Por otra parte, los estudios empíricos concretos se situaban en un contexto nacional e histórico determinado, referido a los intelectuales franceses, alemanes o estadounidenses —con sus características y tradiciones bien diferenciadas—. En este ámbito prevalecían determinadas tradiciones, como la francesa o la norteamericana, sobre otras.

Desde el último tercio del siglo xx, las definiciones del intelectual basadas en su relación con las clases sociales han perdido fuerza, a medida que las sociedades contemporáneas se han hecho más complejas y multiculturales. La clase social ya no es la variable central para entender la función social del intelectual —aunque obviamente sigue siendo una variable que muchos tienen en cuenta—. Las explicaciones más recientes se centran en la importancia que tienen instituciones concretas (medios de comunicación de masas, universidades, agencias del Estado) para dar sentido a lo que entendemos por intelectual. Las nuevas formas de estratificación social, más sutiles y flexibles que las anteriores, demandan análisis que superen el debate tradicional sobre intelectuales y clases.

Es previsible que las transformaciones de la sociedad global aceleren aún más los cambios en las comunidades intelectuales y las teorías que se manejan para entenderlas. En este sentido, si queremos comprender los nuevos formatos que está tomando dicho colectivo resulta necesario analizar su relación con otras instituciones contemporáneas también inmersas en un profundo movimiento de cambio. Las transformaciones universitarias, la omnipresencia de los medios de comunicación y la redefinición de la esfera pública son algunas de las realidades sociales a tener en cuenta. De un modo más específico, en un contexto caracterizado por la interconexión creciente entre los ámbitos de producción y recepción de la información, la relación que los intelectuales establezcan con los públicos a los que dirigen sus mensajes (y que será, en muchos casos, el resultado de estrategias concretas en la utilización de los medios de comunicación, de su capacidad para renovar el contenido del discurso público, de la competencia con actores sociales cercanos que cumplen funciones similares, etc.) ayudará a definir las identidades múltiples de los herederos de la República de las Letras en la era global.

BIBLIOGRAFÍA

ARON, Raymond (1955, edición consultada de 1968): *L'Opium des intellectuels*, París, Gallimard.

BAUMAN, Zygmunt (1987): *Legislators and interpreters: on modernity, post-modernity and intellectuals*, Cambridge, Polity Press.

— (1992): *Intimations of postmodernity*, Londres y Nueva York, Routledge.

— (1999): *In search of politics*, Cambridge, Polity Press.

BENDA, Julien (1927): *La trahison des clercs*, París, Éditions Grasset.

BENDER, Thomas (1997): *Intellect and public life: essays on the social history of academic intellectuals in the United States*, Baltimore, The John Hopkins University Press.

BOSCHETTI, Anna (1988): *The intellectual enterprise: Sartre and Les Temps Modernes*, Evanston, Northwestern University Press.

BOUDON, Raymond (1981): «L'intellectuel et ses publics: les singularités françaises», en Jean-Daniel Reynaud e Yves Grafmeyer, *Français, qui tes vous?*, París, La Documentation française.

BOURDIEU, Pierre (1995): *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama.

— (1997): *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama.

CAREY, John (1992): *The intellectuals and the masses: pride and prejudice among the literary intelligentsia, 1880-1939*, London, Faber and Faber.

CASSASAS, Jordi, e YMBERT, I. (1989): *Intel.lectuals, professionals i politics a la Catalunya contemporànea*, Barcelona, Els Llibres de la Frontera.

- CHARLE, Christophe (1990): *Naissance des «intellectuals»*, París, Les Éditions de Minuit.
- (1996): *Les intellectuels en Europe au XIX siècle*, París, Éditions du Seuil.
- COLLINI, Stephan (2006): *Absent minds: intellectuals in Britain*, Oxford, Oxford University Press.
- CONQUEST, Robert (1968): *The great terror*, London, Oxford University Press.
- COSER, Lewis (1965): *Men of ideas: a sociologist view*, Nueva York, The Free Press.
- DARNTON, Robert (1982): *The literary underground of the Old Regime*, Cambridge, Harvard University Press.
- (1996): *The forbidden best-sellers of pre-revolutionary France*, London, Harper Collins Publishers.
- DEBRAY, Régis (1979): *Le pouvoir intellectuel en France*, París, Ramsay.
- DÍAZ, Elías (1983): *El pensamiento español en la Era de Franco*, Madrid, Tecnos.
- DOSSE, François (2007): *La marcha de las ideas: historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, PUV.
- DUNN, John (1983): *The political thought of John Locke*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ETZIONI, Amitai (2006): *Public intellectual: an endangered species? (rights and responsibilities: communitarian response)*, Lanham, Rowman and Littlefield Publishers.
- EYERMAN, Ron (1994): *Between culture and politics: intellectuals in modern society*, Cambridge, Polity Press.
- GATTONE, Charles (2006): *The social scientist as public intellectual: critical reflections in a changing world*, Lanham, Rowman and Littlefield Publishers.
- GOULDNER, Alvin W. (1979, edición castellana de 1980): *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la Nueva Clase*, Madrid, Alianza Editorial.
- GRACIA, Jordi (2004): *La resistencia silenciosa: fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama.
- GRAMSCI, Antonio (1930, edición inglesa de 1971): *Selections from the Prison Notebooks*, Nueva York, International Publishers.
- HOBBSBAWM, Eric (1981): «Gli intellettuali e l'antifascismo», en *Storia del Marxismo*, 3, 2.
- (1990): *Nations and nationalism since 1780: programme, myth, reality*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HOLLANDER, Paul (2006): *The end of commitment: intellectuals, revolutionaries and political morality in the Twentieth century*, Chicago, Ivan R. Dee Publisher.
- JACOBY, Russell (1987): *The last intellectuals: American culture in the age of academe*, Nueva York, Basic Books.
- JOHNSON, Paul (1993): *Intellectuals*, London, Weidenfeld and Nicholson.
- JUDT, Tony (1992): *Un passé imparfait: les intellectuels en France 1944-1956*, París, Fayard.
- JULIÁ, Santos (2004): *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus.
- KELLNER, Douglas (1997): «Intellectuals, the new public spheres and techno-politics», en *New Political Science*, 41-42, pp. 169-188.

KURZMAN, Charles, y OWENS, Lynn (2002): «The sociology of intellectuals», en *Annual Review of Sociology*, 28, pp. 63-90.

LAÍN ENTRALGO, Pedro (1976): *Descargo de conciencia*, Barcelona, Barral.

LE GOFF, Jacques (1962): *Les intellectuels au Moyen Age*, París, Éditions du Seuil.

LILLA, Mark (2003): *The reckless mind: intellectuals in politics*, Nueva York, New York Review Books.

LIPSET, Seymour M. (1963): *The political man*, London, Mercury Books.

MALDONADO, Tomás (1998): *¿Qué es un intelectual?*, Barcelona, Paidós.

MANNHEIM, Karl (1929, edición castellana de 2004): *Ideología y utopía: introducción a la sociología del conocimiento*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

MARSAL, Juan Francisco (1975): *La sombra del poder: intelectuales y política en España, Argentina y México*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo.

— (1979): *Pensar bajo el franquismo: intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*, Barcelona, Península.

MICHAEL, John (2000): *Anxious intellects: academic professionals, public intellectuals, and Enlightenment values*, Durham, Duke University Press.

MORÁN, Gregorio (1998): *El maestro en el erial: Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona, Tusquets.

NIZAN, Paul (1932, edición de 1968): *Les chiens de garde*, París, Éditions Maspero.

OLTRA, Benjamín (1976): *Pensar en Madrid: análisis sociológico de los intelectuales políticos en la España franquista*, Madrid, Euros.

ORY, Pascal, y SIRINELLY, Jean-François (1986): *Les intellectuels en France de l'affaire Dreyfus à nos jours*, París, Armand Colin.

PECOURT, Juan (2008): *Los intelectuales y la transición política*, Madrid, CIS.

POCOCK, John (2002): *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, Editorial Tecnos.

POSNER, Richard A. (2002): *Public intellectuals: a study of decline*, Cambridge, Harvard University Press.

RIDRUEJO, Dionisio (1976): *De la Falange a la oposición*, Madrid, Taurus.

RIEFFEL, Rémy (1993): *La tribu des clercs: les intellectuels sous la Ve République*, París, Calmann-Levy.

RINGER, F. (1969): *The decline of the german mandarins: the german academic community 1890-1933*, Cambridge, Cambridge University Press.

ROSS, Andrew (1989): *No respect: intellectuals and popular culture*, London, Routledge.

SAID, Edward W. (1996): *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós.

SARTRE, Jean-Paul (1972): *Plaidoyer pour les intellectuels*, París, Gallimard.

SASSON, Anne Showstack (2000): *Gramsci and contemporary politics: beyond pessimism of the intellect*, Londres, Routledge.

- SHILS, Edward (1972): *The intellectuals and the powers and other essays*, Chicago, Chicago University Press.
- SKINNER, Quentin (1978): *The foundation of modern political thought*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1996): *Reason and Rhetoric in the philosophy of Hobbes*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SMALL, Helen (ed.) (2002): *The public intellectual*, Oxford, Blackwell Publishing.
- SMITH, Anthony D. (1971): *Theories of nationalism*, Londres, Duckworth.
- SUNY, Ronald G., y KENNEDY, Michael D. (1999): *Intellectuals and the articulation of the nation*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
- SUÑER, Enrique (1938): *Los intelectuales y la tragedia española*, San Sebastián, Editorial Española, S.A.
- THOMPSON, John B. (1995): *The media and modernity: a social theory of the media*, Cambridge, Polity Press.
- WILKINSON, James D. (1989): *La resistencia intelectual en Europa*, México, Fondo de Cultura Económica.
- WINOCK, Michel (1997): *Le siècle des intellectuels*, Paris, Seuil.
- YSÀS, Pere (2004): *Disidencia y subversión: la lucha del régimen franquista por su supervivencia*, Barcelona, Crítica.